

da con el mimo y el cuidado de un hispanista de rango reconocido como es Francisco Javier Díez de Revenga.

PASCUAL GARCÍA

RODRÍGUEZ FER, Claudio, Tera BLANCO DE SARACHO y María LOPO. *Valente vital (Ginebra, Saboya, París)*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 2014, 516 pp.

Dos años después de la aparición de *Valente vital (Galicia, Madrid, Oxford)*, se publica el segundo volumen de esta serie con el título de *Valente vital (Ginebra, Saboya, París)*, una edición que constituye una entrada bibliográfica imprescindible para ahondar en el imaginario de un escritor que desde el primer momento trató de tender puentes con otras vías de conocimiento y otros lenguajes artísticos. Si la primera entrega apareció con autoría compartida por Claudio Rodríguez Fer, Marta Agudo y Manuel Fernández Rodríguez, este segundo volumen es fruto del trabajo del propio Rodríguez Fer, Tera Blanco de Saracho y María Lopo. Quince años después de la muerte de José Ángel Valente (Orense, 1929-Ginebra, 2000), conocida la totalidad de su producción (poesía, crítica literaria, escritura diarística, *versiones* de otros poetas, ensayos sobre diferentes temas culturales), nos encontramos ante un escritor que va reuniendo en torno a su obra un grado cada vez más alto de aceptación y reconocimiento por parte de los lectores.

Como ocurría en la primera entrada de esta serie, debe reconocerse la exhaustiva labor de investigación que han llevado a cabo los autores de estos ensayos, quienes han trabajado directamente con fuentes de primera mano, con los materiales de Valente y no a partir de segundas lecturas o interpretaciones de otros. El resultado es un volumen donde hay un trabajo ingente, muchí-

simas horas de consulta en epistolarios, bibliotecas y todo tipo de archivos, dosieres temáticos y fondos de documentación privados y públicos. Como consecuencia de ello, se ofrece un riquísimo venero de fuentes y posibilidades de lectura por las que acceder al universo ideológico y estético de uno de los poetas más singulares de la segunda mitad del siglo XX, un poeta que, más allá de los límites y circunstancias de su particular enclave generacional (o de aquel «pequeño grupito barcelonés», en expresión del propio Valente, que trató de gestionar el destino de un tiempo poético), ocupa un lugar relevante en la poesía europea contemporánea.

Abren el volumen Rodríguez Fer y Blanco de Saracho con «Valente en Ginebra: Memoria y figuras» (13-361), análisis que recorre la etapa más extensa (la correspondiente a las residencias del poeta en Ginebra y en Collonges-sous-Salève). La gradual incorporación de Valente como funcionario internacional de la OMS a partir de 1958 contó con el apoyo incondicional de su «gran conspiradora y enorme amiga» Vicenta del Valle Doménech, quien en aquel momento ya trabajaba en la ciudad helvética. Allí, además de colaborar con la nutrida colonia de emigrantes gallegos, retomará su relación con Alfonso Costafreda, a quien ya había tratado en Madrid cuando los dos compartían residencia estudiantil en el Colegio Mayor Ximénez de Cisneros, y allí también mantuvo encuentros con intelectuales como Alberto Jiménez Fraud, figura central del exilio histórico español, quien dirigiera la madrileña Residencia de Estudiantes, a quien Valente había conocido en Oxford y que acabaría convirtiéndose en una persona decisiva en su evolución intelectual, María Zambrano (una *revelación* que dio comienzo en 1964), Julio Cortázar, Emilio A. Westphalen (cuya poesía tenía en muy alta estima), los hermanos Juan y Luis Goytisolo (Valente y Juan Goytisolo mantuvieron una intensa amistad a lo largo de muchos años, relación que, en los dos casos, incluía una extraordinaria valoración de

la escritura del otro), Juan Benet, Jorge Semprún, José-Miguel Ullán y, entre otros, Rosa Regás. Estas y otras relaciones que Valente pudo mantener demuestran que, a pesar de su consabida aversión hacia la organización grupal (prevención que no le impidió militar durante algún tiempo en el Frente de Liberación Popular), en su horizonte vital siempre hubo intereses por cuestiones colectivas, actividades literarias compartidas y acciones políticas de rechazo a diferentes dictaduras en las que se implicó intensamente. Entre esas actividades, se encuentran algunas excursiones por la Alta Saboya, zona en la que pudo visitar el cementerio de Morette, donde habían sido enterrados combatientes de la resistencia (españoles, algunos de ellos) contra la ocupación nazi (de esa experiencia surgió el poema «Cementerio de Morette-Glières, 1944»).

Se ofrecen detalles reveladores del ambiente doméstico, laboral y literario que Valente desarrolló en el cantón de Ginebra y en la vecina región francesa de la Alta Saboya: las condiciones de su trabajo como traductor en la OMS, que tan poco le satisfacía, las relaciones con sus hijos, los encuentros con otros escritores, sus visitas frecuentes a las librerías (una de sus favoritas, Delphica, especializada en literatura esotérica y mística). A lo largo de ese periodo Valente afrontó la enfermedad y la muerte de algunas personas muy próximas (su hijo Antonio, que moriría en 1989 con 32 años como consecuencia de su adicción a las drogas, su hija María, que murió prematuramente con apenas cinco meses, su padre, sus amigos Costafreda y Casey, cuyos suicidios dejaron en él una profunda huella). Así, Valente pudo ahondar en la configuración de dos campos semánticos —la muerte y la espiritualidad— que ya habían aparecido con anterioridad y que acabarían ocupando lugares centrales en una poética elaborada en torno a registros marcadamente meditativos que cultivará a lo largo de toda su trayectoria con lecturas de hondo calado espiritual y metafísico provenientes de muy diversas

tradiciones y que ha de verse como la antihuella de aquel cristianismo militante, en gran medida dogmático y fundamentalista, en el que se había educado. Y cubriéndolo todo, se sigue apreciando el interés por ciertos rasgos que acabarán convirtiéndose en marcas identitarias de la casa: el cultivo de la disidencia y el interés por actitudes heterodoxas.

María Lopo firma el segundo ensayo del volumen, «Valente en París: Fragmentos recuperados» (363-516), donde da cuenta de la importancia que ese lugar, París (con todas sus implicaciones simbólicas, culturales e ideológicas), tuvo en la vida de Valente a lo largo de cincuenta años, desde 1949, cuando recorre por vez primera las calles de la ciudad. Ese descubrimiento se intensificará a partir de 1958, cuando fije su residencia en Ginebra. Así pues, desde esa fecha, por motivos personales o profesionales, los viajes y estancias parisinas son frecuentes. Como en Ginebra, estableció contactos con la comunidad gallega emigrante y frecuentó círculos del exilio y de la intelectualidad hispánica (a muchos de ellos ya los había tratado en Oxford o en Ginebra) y, entre muchos otros, mantuvo relaciones con Manuel Azcárate, Ramón Chao, José Martínez Guerricabeitia, fundador de la librería y editorial Ruedo Ibérico (otras librerías que Valente frecuentó en París fueron la Librairie Espagnole de A. Soriano, cita obligada del exilio del treinta y nueve, la Librairie Hispano-américaine, abierta desde 1947), Edmond Jabès, Juan Gelman, Severo Sarduy o Paco Ibáñez. Durante este periodo, y especialmente a partir de la década de los sesenta, la poesía valenteana, tanto en español como en sus versiones francesas, se divulga a través de publicaciones periódicas, antologías y revistas de medios y ámbitos muy diversos (en esa difusión de la poesía española contemporánea resultan fundamentales las aportaciones de estudiosos e hispanistas como Dario Puccini, Pierre Darmangeat, Claude Couffon, François López, Robert Marrast, Jacques Ancet, Jean-Louis Guere-

ña). Como documenta Lopo en su ensayo, la presencia de Valente en el panorama cultural galo a partir de 1985, una vez ya jubilado, se incrementa de manera exponencial. Su presencia editorial es constante y se suceden los reconocimientos a su trabajo literario, un trabajo que, durante algunos años, pareció tener mayor y mejor recepción en el país vecino que en el nuestro.

Este volumen cumple una función decisiva en la exploración e interpretación de los motivos temáticos e intereses poéticos valenteanos; leemos en él unos trabajos imprescindibles en el diagnóstico de una escritura que, alejada de quienes podrían haber sido sus compañeros de viaje, indagó en lo oculto de un agujero con la pretensión de encontrar ese «vacío secreto» al que pudo referirse Valente en *Material memoria*. Y, por utilizar conceptos de una vieja *querelle* en la que nuestro poeta se vio implicado, en ese instante, la poesía no es comunicación sino revelación, conocimiento de una realidad que no se deja atrapar de otra manera, con otro lenguaje. Es claro que esa idea del *vacío secreto* le obsesionaba de alguna manera. Así, en una entrada de su diario del 9 de marzo de 1983 se lee: «La poesía no solo no es comunicación: es, antes que nada o antes, mucho antes de que pueda llegar —si llega— a ser comunicada, incomunicación, cosa para andar en lo oculto, para echar púas de erizo y quedarse en un agujero sin que nadie nos vea, para encontrar un vacío secreto». Valente no cejó en su empeño de llegar hasta el fondo de ese agujero para hablar desde ahí, construir un lugar que fuese a la vez umbral y sepultura de toda enunciación, alumbramiento y disolución del don de la palabra. Este volumen desvela los mecanismos de una escritura que se muestra extremadamente consciente de la inestabilidad del principio sobre el que se asienta: la poesía es conocimiento nunca adquirido de antemano, puesto en juego a cada instante con el riesgo de perderlo o no alcanzarlo.

ALFREDO SALDAÑA

ROMERA CASTILLO, José (ed.). *Erotismo y teatro en la primera década del siglo XXI*. Madrid: Visor Libros, 2012, 383 pp.

El presente volumen recoge las sesiones plenarias, impartidas por destacados dramaturgos, actores, directores y críticos, así como las numerosas comunicaciones expuestas entre los días 27 y 29 de junio de 2011, con ocasión del XXI Seminario Internacional del Centro de Investigación de Semiótica Literaria, Teatral y Nuevas Tecnologías, dirigido por el profesor José Romera Castillo y caracterizado por su interés en cuestiones de la más estricta y candente actualidad en el ámbito de lo teatral.

En la presentación «Sobre erotismo y teatro en el SELITEN@T», Romera Castillo analiza de modo riguroso y pormenorizado los estados de la cuestión, desde el teatro clásico hasta el de nuestra centuria, así como introduce e inventaría las aportaciones del XXI Seminario; una vez más, el centro se revela pionero en el avance de la investigación teatral, en concreto en el estudio y la plasmación de las relaciones entre teatro y erotismo en el siglo XXI, tanto en España como en Iberoamérica y otros ámbitos internacionales.

Inaugura el apartado de sesiones plenarias la ponencia «*Atra bilis* y Perpetua: la desmedida pasión por los ijares», a cargo de la dramaturga Laila Ripoll, quien habla de la sensualidad grotesca en sus obras *Atra bilis*, que ella misma califica de «cuento de terror sobre el poder y el deseo» (23), y *Santa Perpetua*, obra tanto más terrorífica por cuanto remite a hechos verídicos. A continuación, Raúl Hernández Garrido traza una «Descripción de una prostituta» —en atención a una acepción etimológica de la palabra *pornografía*—, con el fin de analizar «Lo obsceno en la escena y el desgarramiento del relato» (29); partiendo de la denegación del sexo en el teatro, el autor cuestiona la posibilidad de crear una dramaturgia del sexo, de controlar su inclusión dentro de la trama sin que ésta se corrompa y desaparez-